

## El médano de Banfield

por Nicolás Fratarella

### Editorial

#### Pueblo Hace Cultura

Hay un grupo de vecinos de LA BOCA que se reúne para contar la historia de sus abuelos —me dijo mi madre—, hacen un espectáculo de teatro y va a gustarte. Yo estaba en Centroamérica de modo que demoré años para verlos. Tenían ya un galpón que habían conseguido y presentaban “Venimos de muy lejos”. Al verlos sucedió en mi cuerpo, algo que siempre me propuse suceda entre los que ven mi trabajo; me estremecí. No sé si fue la risa o la alegría la que renovó la percepción de mi piel. Al terminar el espectáculo y salir a la calle, era otra persona. Y hasta en cierto aspecto sentí que era una persona mejor. Pude ver los vecinos, todavía con maquillaje, comenzar a irse, saludar amigos y empezar el camino de regreso a sus casas, a unas cuadras de allí. Antes de caminar a la parada del colectivo, regresé a mirar el nombre del lugar: “El galpón de Catalinas”. Me gustaría ser parte de algo así, pensé.

En el año 2004; al finalizar mi viaje; vinieron una cantidad innumerables de amigos de diferentes países a visitarme aquí, en Banfield, una noche llevé a todos ellos a ver “Venimos de muy lejos”. Todos salieron conmocionados y felices. Igual que yo. Después el tiempo hizo que entre a ese galpón a presentarme y conocí a Ademar Bianchi, el mentor de ese grupo y después a Ricardo Talento el mentor del Circuito Cultural Barracas, otro grupo de teatro comunitario, donde disfruté “El casamiento de Anita y Mirko”. A partir de ese momento supe del trabajo que ambos habían empezado a hacer en el país, replicando la experiencia y en el interior de Misiones, en Oberá, me hice amigo de “La murga del Monte”. Ricardo el director del circuito, vino a Banfield a verme en dos oportunidades. Es de esas personas a las que no les cuesta tomar el tren en dirección contraria, hace poco nos enteramos que su madre es prima de la mujer de Cacho, el joven de ochentipico que usted lee en este periódico y que suele estar repartiendo diarios con nosotros en Belgrano y Maipú, cuando los políticos no logran desplazarlos.

Toda esta lata viene porque nosotros, el colectivo que hace este periódico, muchas veces nos hemos interrogado. Estamos inventándonos a nosotros mismos y en ese inventarse fuimos tratando de ver a quién nos parecíamos, quisimos saber si había otro diario hecho por vecinos, sin publicidad, entregado gratis, y manteniendo calidad en la escritura. No encontramos otro aún, pero un amigo de El Salvador, también de un grupo de teatro comunitario, me avisó que hacía un tiempo, grupos de toda Latinoamérica que hacen algo que llaman “cultura comunitaria”, se empezaron a juntar para compartir experiencias, para aprender juntos y que nosotros podíamos ser parte de ellos. Me contó, en ese momento, que la experiencia se llamaba “Pueblo Hace Cultura” y que podía entrar en contacto con ellos para conocerlos.

Fuimos primero a 9 de Julio, Provincia de Buenos Aires y después a Barracas, allí nos encontramos con gente muy parecida a nosotros, que al terminar su trabajo se junta con otros vecinos para hacer algo para su barrio, su pueblo, su lugar. Entre ellos estaban esas personas que habían hecho algo que yo admiraba mucho, esas personas que habían logrado a través del arte popular contar la historia de su lugar y estremecerme. Ahí estaban el Grupo Catalinas y el Circuito Cultural Barracas. Estaba allí Ricardo y Ademar. Mientras estaba en esa reunión, salí del lugar pensando, que quizás un día alguien pueda ver este periódico, leerlo, ver quienes lo hacemos, conocernos y proponerse alguna vez hacer algo parecido.

Sergio Mercurio

#### I. Las olas y el viento

Uno y otro paso. Los pies se hunden en la arena. El desierto lo acoge. Sólo se escucha de fondo el sonido del mar que dice intermitentemente “no se puede, sigue adelante, no pares, es imposible, sigue adelante, no pares, detente, detente, sigue”. Salvo esto, el resto es silencio.

El viento le revuelve los pelos que se volverán canas. Le arma nidos en su cabeza. Su obstinación asoma a la vez que su incipiente calvicie. La arena vuela y golpea contra la piel rosada, contra el cuero gringo. El sol inunda las montañas mágicas. El calor agobia. El sendero que se abre mientras los pies se hunden en las arenas, se borra fugaz en la segunda pisada. El camino se hace y se deshace. La huella se niega a pertenecer al lugar. El camino no existe. Al camino hay que crearlo.

—¿Qué es lo que mueve el mundo?

—Carlos pero si el negocio va bien ¿para qué todo esto, con qué necesidad?

—Al mundo lo hace girar el deseo.

—Carlos ¡todo esto es una locura!

—Si veo en algún lugar el nacimiento de una flor me quedo, de lo contrario, dejo todo.

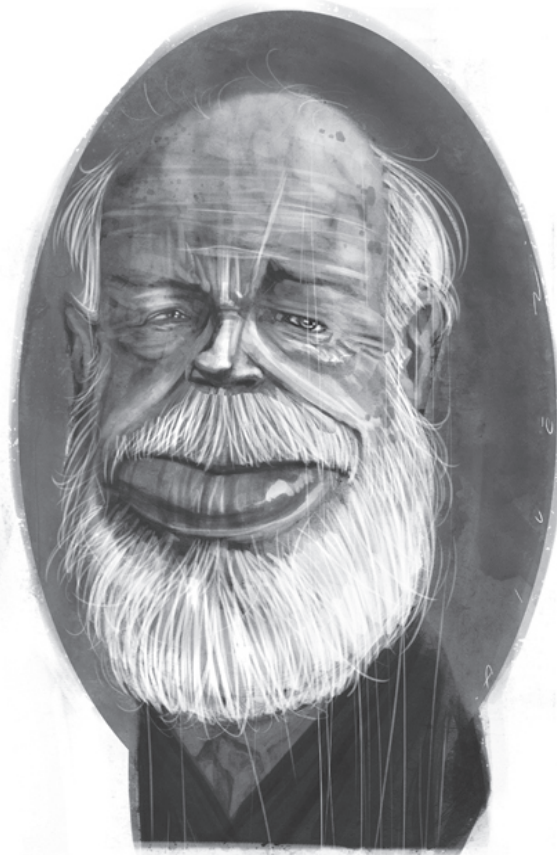
—Elegi Carlos, la arena o la ciudad; el negocio o estos médanos; tu familia o...

Todo se ve igual. Aunque el paisaje varíe permanentemente, aunque las sombras hagan cambiar los tonos de amarillo, aunque los médanos cambien de lugar en forma constante, todo se ve igual. El paisaje se compone de dunas, sol mar y un hombre agachado clavando plantines en la arena. El hombre los planta y el viento los vuela, los vuela, los tira los aleja del lugar, los arrastra los aleja y otra vez el hombre que los ataja, que le da vida, que lo vuelve a plantar, y otra vez el viento y otra vez el hombre y otra vez, otra vez...

El terreno es flojo, apático, indolente. Se disipa, se esfuma, se escabulle permanentemente. En esa huida está su fortaleza. La tenacidad de ese hombre es lo único resistente de ese paisaje fútil. La idea de crear un bosque de pinos en el desierto de arena resulta tan utópica como absurda.

—Perdón Carlos. Yo acá dejo. Me vuelvo a Alemania. Los análisis del terreno dicen que esta arena no permite ningún cultivo.

ilustración de Andrés Alvez



sigue en la pag 3 ▶

## Dos Partidos

por Osmar Castro

Otoño en Banfield. Conocí esta ciudad a mediados de 1950, una sensación placentera me atrapó inmediatamente... amor a primera vista.

Comencé a andar por sus veredas, distinguir sus casas, las calles, los árboles y distintos lugares en los cuales me sentía muy a gusto. Al año siguiente, estaba sacando patente banfileña; me faltaba conocer la cancha del Taladro y se dio en un encuentro con Boca, en aquél torneo de 1951.

Digo que desde la infancia apreciaba los colores bosteros, por ser la primer camiseta que usamos en el equipo de mi barrio... simpatías pero no pasión. Seguramente esos recuerdos quedaron en mis bolsillos.

Me ubiqué en un extremo de la hoy Mourriño, entre las dos hinchadas. Al comenzar el partido, en mi cabeza se abrió un laberinto... el azul y oro se opacaba y el blanco con la banda verde resplandecía, moviéndome el corazón.

Un caño separaba las hinchadas y cualquier brazo con el puño cerrado podía alcanzar un rostro desprevenido. Pensaba en esas menudencias, cuando me sorprendí gritando el gol de Banfield... partió de muy adentro... lo repetí y lo volví a gritar... lo festejé abiertamente terminando con las dudas.

Segundos después, miré hacia arriba, demasiadas banderas de Boca y rostros duros, el estómago me hizo un gesto y la prudencia un guiño; me corrí



ilustración de Florencia Lloret

unos metros para acercarme a la tribuna local, el lugar definitivo, allí mismo vacié el contenido de mis bolsillos.

Disfruté el triunfo de Banfield por 2 a 1. Salfé de la cancha con mis amigos, el grito tribunero continuaba en la calle; ya caminando por Arenales repasaba lo visto y oído, tribunas colmadas, las jugadas, los goles, recordé un sujeto que corrió todo el partido pegadito al alambrado, pregunté al aire y alguien contestó: “secc... es el inglés fana”, Banfield atacaba y él corría en paralelo por el espacio libre, entre alam-

brado y tribuna, y volvía, como apoyando la defensa cuando Boca iba al frente... ¡era un jugador más! otro de mis amigos completó: “...es el inglés Burton, nieto de uno de los fundadores del club...”, chau, estaba claro. Crecía mi integración al mundo Banfield. No solamente por la campaña que estaba haciendo el Taladro, la ciudad estaba de fiesta: comercios de Maipú adornados, cordones de las calles en verde y blanco. Cada triunfo enraizaba en el ánimo de todos,

sigue en la pag 3 ▶

# Las Botas de Banfield

por: Verónica S. Wiedrich

Ni bien ellas abrían la puerta, apenas unos momentos después de la hazaña de estirarme para alcanzar el timbre, corría hacia el fondo mientras mis trenzas de cinco años saltaban divertidas sobre mis hombros. Bien atrás de esa casa de Cochabamba 375 estaba el taller que había fundado un italiano, don Francisco Covelli, y a donde mi hermana y yo corríamos a saludar a nuestros tíos abuelos cada vez que íbamos de visita.

Construido en forma de ele, constaba de un salón grande y luminoso donde, sobre una mesa de madera que se extendía a lo largo, estaban dispuestas las máquinas de coser. Completaban el mobiliario un cajón de sidra a modo de repisa, un par de firmes estanterías enfrentadas y varios mostradores con cajones, todo de madera noble. La parte más corta de la ele estaba formada por otro salón, con amplio ventanal de vidrio repartido, que también tenía una mesa larga y algunos mostradores más, donde se llevaba a cabo el armado y la terminación de las botas. El patio de grandes dimensiones aportaba luz al taller y además era el lugar de trabajo de Tionene. Hacia él corríamos cuando llegábamos y lo abrazábamos entre su sonrisa de alegría y sus gritos de "¡cuidado, cuidado, no se quemen!". Su trabajo específico consistía en tomar el fuego de una parrillita que había en el patio, calentar al rojo un pesado, aunque pequeño rectángulo de hierro colocado en la punta de un fierro con mango de madera y pasarlo por cada bota, en la que previamente había dispuesto los moldes, también de madera, que lograrían darle forma al encarrujado. Un buen rato en cada bota, para que el calor perpetuara en el grueso cuero negro la forma del molde. Don Francisco se había formado en la casa La Érica como



aparador de botas, especializándose en el encarrujado, cuyo "dispositivo formador de pliegues en la caña de botas en general" patentó bajo el número 82203 en 1951. El taller, que vendía a las fábricas, funcionó muy bien durante varios años y llegó a tener una veintena de empleados, sin contar a la gente de la familia que ayudaba de vez en cuando cortando hilos o preparando paquetes, especialmente Tialy, Nata y Ketty, todos apodosados de cariño que pusimos a esas mujeres únicas. ¡Oh, esas mujeres!... Entre los trabajadores del taller se contaban Tiopoch, otro de los hijos del dueño; don Arsenio, un hombre callado que vivía en Serrano al 1200 y que fuera el primer empleado, y Juancito, el hijo del fundador de la tradicional pizzería homónima. Ellos armaban las botas con fuele Covelli, que lucieron importantes figuras del folklore, como Los Fronterizos.

La única entrada de la casa era un portón de garage de hierro y vidrio donde descansaba el Chevrolet '38 negro. Pero además era el depósito donde cada bota terminada esperaba el pie de su destino. Aún puedo evocar el aroma del cuero y la sensación de satisfacción que daba ese montón de cajas cuidadosamente apiladas, un símbolo del trabajo artesanal, de la empresa familiar, del progreso.

Más de tres décadas después de sus comienzos, la política económica de un gobierno de dictadura que tenía por ministro a Martínez de Hoz, y la creciente ola de plagios y copias baratas que todavía hoy persiste, pusieron al Taller de aparado de botas Covelli en la quiebra, y entonces las tardes perdieron mucho de su encanto.

Hoy mismo, esa hermosa casona que, traspuesto el garage, nos recibía con un distinguido patio andaluz revestido de mayólicas, está siendo demolida para darle paso a un nuevo edificio. Uno más, sin taller, sin patios, sin flores, casi sin familia. Pero antes de eso, antes del fin, recogí de entre las telarañas del abandono algunos souvenirs de mi historia familiar, sin ningún valor económico, aunque invaluable para mí: unos moldes de madera para el encarrujado, el hierro que se ponía al rojo y una ventana azul. Esa ventana azul del taller de mi bisabuelo, que rescaté de la muerte para abrirla a la nostalgia, al orgullo y al futuro.



Esta gente se reunió en la primer peña de EL BANFILEÑO gracias a:

Juan Carlos Favilli y "La Fusión" Facebook: [lafusion folklore](#), Grupo Inti Taky Facebook: [INTI TAKY](#) música popular argentina y latinoamericana. Ballet Anonei Facebook: [Ballet Anonei](#), Matias Gamarra, Grupo Wakay Facebook: [GrupoWakay](#), Grupo de baile Avelanqui Manta Facebook: [AvelanquiManta](#). Agradecimiento especial a Marcelo Otero y por supuesto ... NOSOTROS.

## Sin Arenales



web: [www.elbanfilenio.blogspot.com](http://www.elbanfilenio.blogspot.com)  
 correo: [elbanfilenio@yahoo.com.ar](mailto:elbanfilenio@yahoo.com.ar)  
 facebook [El Banfileño](#)

## Correo de lectores

Buenos días El Banfileño.

En el número de mayo/2014 leí que existe la posibilidad de sacar un "boletín imaginario" para colaborar y permitir así que el periódico siga "circulando". Por eso, les pido que me indiquen los valores de las "secciones" y ver hasta dónde puedo llegar.

Les mando saludos y esperemos que El Banfileño siga en la calle.

**Pablo Nostró**

**EB: Gracias Pablo, ¡subite nomás!**

¡Banfileños! ¡Y ahora una peña del carajo! La verdad que me está dando una sensación lindísima. Ustedes parecen la secretaria de cultura de Banfield. ¡Qué orgullo! Estuve hablando con un tano que no sé como llegó a la peña. Solo una cosa para criticar: ¡Faltaban minas!

**Lautaro Conmidari**

Y entonces, ¿en qué quedamos? ¿Le hacemos juicio a Campanella and company? Yo voy a ser sincero, no ceo que Campanella haya visto a "EL GARRAFA" ahí la cosa fue de parte de un vivaracho de su equipo, que sí la había visto y le gusto tanto que hizo un homenaje pero en forma de choreo. Si ustedes no quieren juicio, me ofrezco para hacer un sitio en internet que muestre los 30 segundos del comienzo de Metegol y la parte en que empieza los dibujitos en El Garrafa, y que después la gente vote, que diga lo que quiera. Eso sería democrático y por ahí de paso, se reconozca, que en este barrio hay primer nivel.

**Leonardo Ulises Moresco**

Chicos, porque ustedes para mí son chicos. Por más que he visto entre

ustedes algunos que peinan canas. Lo que ustedes están haciendo me hace muy feliz, pienso en mis padres, en mis abuelos que vinieron a este lugar, con lo que escriben les dan una caricia. No tengo palabras. Pero ahora con respecto a mi vecina Adriana de la calle Serrano, la verdad que no me sorprende el pedido para que le poden el tilo, cuando uno se acostumbra a tener todo servido en la vida, es más fácil pedir que hacer uno el esfuerzo, y así como pretende que ustedes, que a mi entender están para otra cosa, le poden el tilo, pretende que todos juntemos los desechos de su perro cuando hace en nuestras veredas, cuando una ya no tiene ni la figura, ni las mafias de los veinte años tiene buscar protagonismo de cualquier modo.

Atte.

**María Angélica Papandrea.**

La cuadra donde se hizo un picnic, Cabrera al 1100, allá por 1940 y algo, que fue la época en que mi familia se mudó, era muy diferente. Desde la vereda impar la esquina tenía un jardín que pertenecía a una casa que daba y después hasta mi casa solo dos líneas de alambrado, que los chicos podían separar para ir jugar a la pelota, se podía ver la calle Serrano, y al lado ¡el almacén!, que, como muchos de los almacenes de entonces tenía dos puertas y una ventana grande el medio que oficiaba de vitrina, pero era muy alta la pared y estaba trabajada con guardas triglifos y la pared con molduras, además era estafeta de correos y tenía un buzoncito cuadrado en la pared y enfrente un palenque, varios postes de hierro con cabeza agujereada por la que pasaba una barra redonda sobre la que los chicos, inútilmente, querían hacer equilibrio, seguía al almacén una entrada particular con puerta de chapa y rejas artísticas; al lado un jardincito y detrás de él un patio con techo enrejado con glicinas y un sapo para que jueguen los parroquianos; seguía lo que había sido cancha de

bochas y en ese momento era la salida y guarda de un sulki y un caballo, terminaba todo en la esquina con un gallinero. Por la vereda se alzaban acacias y en el frente del almacén había una placa de bronce donde había grabada una cabeza con grandes bigotes, al parecer Don Juan Damiani, antiguo dueño del almacén, quien yendo a buscar mercadería a Barracas en carreta con bueyes, tratando de desatascarla del barro murió aplastado. Compró el almacén Don Ciarlantini, que luego la dejó a un tal Sánchez, mientras él ponía otro almacén sobre Quintana, en un edificio menos espectacular pero con una novedad, ¡teléfono! Uno podía dar ese número a parientes o posibles empleos, y si te llamaban, el almacenero le pedía a cualquier chico que había por ahí que viniera a avisarte y uno salía corriendo para atender. Aclaro que en esa época el teléfono no era medido.

El tal Sánchez dejó lugar a Don Alberto Moro a quien encontramos con su esposa Raquel haciendo guisos al mediodía a los clientes del bar, donde había vino suelto. En la parte almacén había 2 tanques de aceite, uno de girasol y otro mezcla. En un rincón querosén suelto. Atrás del mostrador dos grandes cajones con azúcar fina y entre fina. Separaba el bar del almacén una fideera de madera con cajones con ventana; en algunos había galletitas. Cuando Don Moro se jubiló el almacén pasó por varias manos hasta que quedó como casa particular. Uno de esos dueños tiró abajo la parte alta del frente, sacó el palenque y la placa de bronce, que por suerte, los hijos de Don Moro, llevaron a descendientes de Damiani, aliso las molduras y quedó todo muy feo hasta que se hizo el estudio de Danza de Sandra y como Cristian, su marido, es arquitecto, con lo que quedaba hizo una fachada que semeja un castillito.

**Cristalina Roca**

## viene de la pag 1 El médano de Banfield

—Bodeshein, yo hice mis propios análisis y mis estudios me indican otra cosa. Haga lo que le parezca no puedo retenerlo. Pero yo sigo.

Su economía estaba consolidada. El negocio era un éxito. Había formado una familia. Pero así son los pioneros, cabeza dura, obcecados, desafiantes, inconscientes.

### II. Inventor de Banfield

Carlos Idaho Gesell, el loco de los médanos como lo llamaron los vecinos, nació en Banfield un 11 de marzo de 1891. Pasó su niñez en Alemania y en Suiza. Allí cursó sus estudios primarios y secundarios. Vino y se fue muchas veces de la Argentina. En Alemania conoció a quien iba a ser su mujer y madre de sus hijos, Marta Tomys. Luego de un paso por Minneapolis, donde nació su primer hijo Roberto Sirio, se estableció en el país, para seguir con un negocio familiar que andaba medio a los tumbos.

“Noches frías se avecinan. Su nene tiene frío, no lo oprima con pesados cobertores, ni le mezquine el aire. Póngale en la camita una bolsa «indestructo» para agua caliente y disfrutará de un sueño apacible y reparador”.

De su padre Silvio, Carlos heredó su espíritu aventurero y emprendedor. Junto a su hermano se hizo cargo del negocio. Y revertió el declive del comercio. Lo que era una gran farmacia y artículos varios sobre Avenida de Mayo pasó a ser «Casa Gesell», un negocio destinado a artículos para recién nacidos y afines.

“Pañales que no lastiman, no abultan se lavan en un instante y se secan con rapidez... Los niños son como plantas necesitan mucho aire y sol para crecer sanos, hermosos y contentos...”

La primera medida fue mudar todo a Diagonal Norte 643.

“Faja abdominal «Gesell» en defensa de su salud y de su belleza (...) durante el embarazo y después del alumbramiento”

Después, inventó, trajo novedades del mundo y fabricó; y con sus ideas llevó el negocio a tal éxito de ventas que la convirtió en la casa de artículos para niños más importante de Sudamérica.



Ofreció sillas de ruedas, almohadas termoeléctricas, platos térmicos, cochecitos plegadizos, coche cuna, también:

“... (andadores) de construcción científica que (obligaba al niño) a caminar con los pies apoyados y el cuerpo erguido...”

Gesell necesitaba madera para hacer sus productos. Un día dijo “sería más barato fabricar nuestros productos con nuestras maderas en vez de comprarlas al norte del país. Ganaríamos en velocidad, y cercanía”. Y decidió comprar un faldón de 1600 hectáreas de arena pura a la orilla del mar, en un lugar alejado, marginal de los centros productivos con el loco fin de crear un bosque de pinos.

### III. La fe funda ciudades

Antes de su llegada no había nada. Nada. Después apenas una casa y un molino y su grupo de gente conformado por su esposa, su hijo Roberto, sus dos hijas Rosemarie y Juana María (que para ese entonces ya estaban presentes), Carl Bodeshein, su ayudante alemán, Inge esposa de Carl que colaboraba en las tareas domésticas, y los niños de estos últimos.

El asentamiento humano más próximo era la estancia de Guerrero. La localidad más cercana era Madariaga. Para llegar hasta su modesta casa cercana a la playa debía bajar del tren en la estación Juancho, y hacer 25 kilómetros en una carreta que lo llevaba hasta los arenales. Primero por un

camino consolidado, después por una huella, luego por un espejismo y a continuación por un ensueño sin marcar. Las ruedas pasaban de tierra firme a bañados, “en todos lados se puede crear”, de allí a la arena, “de la nada pueden surgir cosas nuevas” y desde los médanos al mar.

Mientras la carreta se bamboleaba circulando por un sendero apenas marcado, mientras sus pelos despeinaban y se cubría de asperezas salinas, Gesell parecía decirse a sí mismo “No sólo el viento mueve montañas, también la fe lo hace”.

El mismo Gesell diseñó su casa. La proyectó con cuatro puertas, una en cada punto cardinal. Las tempestades cubrían de arena los accesos y era necesario tener alternativas de entrada y salida permanentemente. En la casa cada tanto llegaban las provisiones, junto a estas, los carros fueron trayendo, además, veintinueve enciclopedias, generales y específicas, escritas en los cuatro idiomas que él leía. A Carlos Gesell, como a cualquier buen inventor, todo le interesaba. “Los locos crean los cuerdos compran” decía.

“Fresnos, hayas, álamos, pinos, cerezos, manzanos...” la lista del pedido es extensísima. Los análisis indicaban que el suelo era “inconsistente” y que la arena tenía demasiado “salitre”.

Entrada la década del 30, Gesell se encontraba con la familia partida -para ese entonces ya se había separado de su mujer y había comenzado una relación polémica con Irene, su nueva pareja-; la sociedad con su hermano Roberto disuelta; y sin Bodeshein su mano derecha. Así y todo continuó con su obsesión.

Pero finalmente el tiempo jugó a su favor. Un día los retoños comenzaron a reverdecer, los tallos comenzaron a dar flor, y las escualidas ramas clavadas en la arena empezaron a convertirse en bosque.

A partir de ese momento Carlos perdió su apellido, entre la arena. Quizá no lo perdió, quizá lo plantó como un pino más, o quizá lo regaló, lo entregó como ofrenda a ese lugar que se transformó primero en una villa y terminó siendo lo que es ahora.

## viene de la pag 1 Dos Partidos

como aquel resultado frente a River en su propia cancha, por 5 a 1, cuatro goles en menos de quince minutos. El almanaque decía 20 de junio 1951, vísperas del comienzo invernal; el calendario mintió, al menos en Banfield no hubo invierno ese año, bastaba ver y sentir el color y calor de la gente. Comenzaba otra primavera.

Continuaron los triunfos, algunos muy resonantes. Quienes hablabamos con hinchas de otros equipos, que no fueran Racing, no necesitábamos hacer proselitismo. En mi lugar de trabajo en Capital, había quienes ubicaban Banfield por vía Quilmes, pero, sabían de memoria los nombres de los jugadores del Taladro, un grado de conocimiento no tan común. Era la consecuencia de una campaña deportiva trascendente.

Cualquier primavera -aunque sea de ficción- tiene días nublados... en las postrimerías del torneo, se conoció la resolución de la AFA que determinaba la realización de dos partidos de desempate en caso de igualdad en posiciones finales. Primeras nubes.

Banfield llevaba notable diferencia a favor en el promedio de goles, situación que lo consagraba puntero absoluto por ese mismo hecho.

Muchos hinchas comenzaron a pensar en “otro partido”, sin cancha ni tribuna, que podría tener incidencia entre los reales protagonistas que eran Banfield y Racing.

Se multiplicaban informaciones y



ilustración de Florencia Lloret

comentarios sobre el fuerte apoyo material y logístico que recibía el equipo de Avellaneda por parte del Ministro de Hacienda, Ramón Cereijo, y su pública obsesión por ver a Racing campeón. La prensa diaria seguía esos movimientos, y

quedaban visibles ciertas presiones a equipos que, Banfield, debía enfrentar, sobre todo en las últimas fechas... las recompensas y beneficios extraordinarios a jugadores racinguistas, no se disimulaban. Aparece el nombre de Eva Perón, a quien

se le atribuían simpatías hacia el Taladro, y su desacuerdo con las actitudes de Cereijo. Muchas versiones aseguraban contactos y apoyo moral hacia el Taladro por parte de Evita, esto se discutía en la tribuna y en cualquier sitio en el que se hablara de fútbol.

Desde fines de noviembre me encontraba en mi pueblo natal, San Andrés de Giles, en pocos días ingresaba al servicio militar, y no podía ir a la cancha para las finales. La tribuna fue la cocina de la casa paterna: tres sillas, la radio y dos amigos, uno jugaba en un

club local, casaca verde y blanca a bastones, y el otro, nunca supe por qué, pero también era hincha de Banfield.

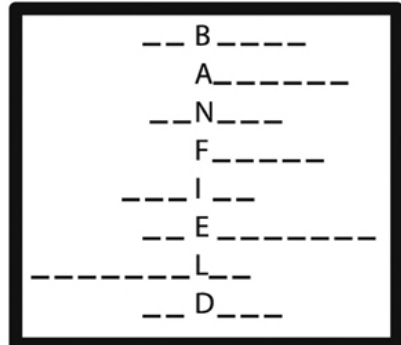
El primer encuentro terminó sin goles; el segundo, se presentó distinto, como si aquel que se “jugó” fuera de cancha, hubiera afectado su desarrollo... y fue de Racing por un solo gol de diferencia. Suspicacias y especulaciones concluían. ¿Sentimientos lastimados por banfileños? tal vez... pero también orgullo, Banfield fue, por propio mérito, el mejor equipo del torneo.

Semanas después estaba en Zárate, arsenal de infantería de marina, después de la fajina diaria y atardeceres tranquilos, nos sentábamos en el pasto cerca del río, frente a las barrancas del Paraná, coloquio de rebeldías y rescates de ausencias, civilidad, noviecitas... las pilchas. El fútbol, tema especial: último campeonato... cuando se enteraron que era hincha de Banfield, perdí el anonimato y pasé a ser un colimba importante, casi un héroe.

Años después, seguiría el debate, la historia decantó presunciones y aseveraciones sin fundamentos, y convalidó otros, dejando en la superficie -en sentido figurado-, la certidumbre de que se jugaron dos partidos.



## BANFIGRILLA ASCENSO



- 1) ....Crisafi. Delantero Ascenso 1939
- 2) Centrodelantero ascenso 1946
- 3) Antonio, campeón 1962, transferido a Rosario Central
- 4) Rubén, autor de gol decisivo vs Temperley en el campeonato 1973.
- 5) Autor 2do gol final 13/6/1987
- 6) Arquero 1992/1993
- 7) Autor 4to gol vs Quilmes 20/05/2001
- 8) Nombre Delantero Ascenso 2014 nacido en Salto (BsAs)

Ganador Banfigrilla Mayo:  
Atilio Scaffiti

Enviar solución a [elbanfileño@yahoo.com.ar](mailto:elbanfileño@yahoo.com.ar)

## ESCRITO EN EL AIRE

Con lo recaudado con el Municipal para Seguridad y Bomberos todavía no hicieron nada ¿no?

Aportá tu granito de arena: llevalo a Puente La Noria que entre todos y despacito...

"va a ser tan lindo hacer un puente"

¿Para cuándo una reunión de tupper que reúna nuevamente a los vecinos?

"Juancito" lee El Banfileño o los siameses van a otra pizzería.

En Vergara se está construyendo "una torre imponente con vistas panorámicas" - ¿a otros edificios?

La Calesita de la estación sigue agonizando

# La Casa árbol

por Sylvia Bonfiglio

"Él llevaba la vida como una gran bandera desplegada en el viento de vida verdadera". Hamlet Lima Quintana - "Canción para Lucho"

En nuestra historia nacional ha habido períodos de suma oscuridad, porque anduvimos desencontrados adrede. Quiero decir que nos han instado al desencuentro... entre nosotros, y principalmente con la verdad. Los que tenemos unos cuantos añitos pateando estas calles, seguramente recordaremos ejemplos claros de confusión y ocultamiento, pero la verdad es como una lámpara, no es tan fácil tapar su fulgor, y sobrevive iluminando desde cualquier rincón.

En Banfield hubo un rincón de esos... un rincón luminoso y musical. Un rincón donde los duendes desenterraban las cosas perdurables y miraban tardes enteras el vuelo de los pájaros acompañados de un buen vino tinto.

A siete cuadras de la estación y muy cerquita de la cancha de Banfield, en la Avenida Alsina al 1300 está la casa de Kita y Lucho. Esta casa de familia fue un refugio de pájaros cantores, de poetas y músicos; de artistas y pensadores comprometidos con la realidad que les tocaba transitar.

Casa solidaria y solariega, donde la luz entra a iluminar desde el fondo, con su parrilla y su patio. Casa llena de libros y discos de vinilo, de folclore generalmente, firmados y dedicados por artistas jóvenes que luego serían personajes de nuestro acervo cultural. Y ojo que hablo de gente que seguramente ud. conozca, lector.

Allí iban en los años sesenta quienes participaban del Ateneo Popular de Cultura de Lomas de Zamora, pasaban a comer un asadito, un loco o unas empanadas y se quedaban a cantar o conversar durante horas llevados por un vinito hablador.

Fue una "casa-árbol" poblada de cantos y risas, y de corazones solidarios, que entendían una patria grande de verdad, y para todos; una patria tierra, canto profundo, esencia genuina, una misma savia que nos una definitivamente.

Las ramas de esta "casa-árbol" cobijaron, ampararon y sostuvieron a muchos artistas, pero indiscutiblemente en ella había algo más que sus ramas.

Allí estaban quienes hicieron que esto fuera posible, sus dueños.

Lucho Gorbán, médico y amigo, sanaba más -probablemente- con la palabra, con la mano abierta y el compromiso de sostener al otro, que con analgésicos. Lucho fue médico de la asociación argentina de actores, por eso se encariñaba con algunos artistas y los amparaba, los llevaba a Banfield y los hacía sentir familia, parte del nido.

Lucho fue un hombre con un gran sentido de la Justicia, solidario y generoso, dice Kita "...era un gran hablador, con una fuerte personalidad y un tremendo nivel intelectual".

Los muchachos que lo recuerdan dicen que fue un personaje inolvidable; los domingos, por ejemplo, por la mañana salía a saludar a sus amigos haciendo una recorrida por las casas, tomaba un cafecito y contaba historias... con sus variantes, siempre las mismas historias y siempre distintas y sin embargo, lo más divertido, lo mágico, era simplemente escucharlo y ¡reírse! Banfileño de alma, será por eso que hoy parte de él se mezcla con el césped del Florencio Sola.

Kita, su compañera, iluminaba el lugar con risas, y con esa seguridad que aún emana y la hace brillar. Ella era quien permitía que la casa se abriera a todos, con la generosidad sin crítica del que sabe recibir. ¡Cocinera de loco y empanadas! Arrolladora y vital, con la mirada auténtica y el espíritu libre. Los dos fueron el alma de ese árbol, de esa "casa-árbol" que

levitaba en cantares allá por los '60 y principios de los '70.

Allí se organizaron las "Canciones estampa" que consistían en combinar música -la canción elegida para el disco- poesía, y la pintura de la tapa. Fueron una joyita, una obra de arte de aquellos tiempos.

¡Allí Armando Tejada Gómez celebró sus 40 años! Ese hombre lámpara, iluminador y convocante, como otros que también



ilustración de Florencia Lloret

poblaron este rincón, anduvieron su patio, se sentaron a su mesa y empuñaron la guitarra entre lunas, soles y empanadas. Y cuando digo otros, digo: ¡César Isella, digo Hamlet Lima Quintana, Víctor Heredia; digo Abelardo Castillo y hasta el mismo Castagnino!

Allí iba Tejada Gómez a buscar la "conversa" de Lucho y la complicidad de Kita. Acompañado, siempre, por quienes compartían sus poemas y su arte y lo hacían canción: el músico Oscar Matus y una muchachita tucumana que le ponía la voz a sus letras, de la forma más dulce que nadie podría escuchar jamás, Mercedes. ¡Sí, sí, una casi niña Mercedes Sosa!

Allí estaban los tres, cantando en la sala o en el patio, allí, cerquita, tan cerquita nuestro. ¿No?

Allí estaban... allí están todavía, cantando en el aire, mientras Kita sonrío y me cuenta esto.

Allí sonó, probablemente por primera vez "La zafrera" o "Fuego en Anymaná" o "Las simples cosas" o "Canción con todos". Allí, a unas poquitas cuadras de la cancha de Banfield.

Tan cerquita, en una "casa-árbol" enclavada en la patriatierra, en la patriavoz, en la patriatodos estaba la semilla de la unidad, del encuentro verdadero, creciendo en silencio, probando su canto, fortaleciéndose para SER.

Andados los '70 algunos pájaros volaron el Atlántico y la casa-árbol fue quedándose callada, en silencio... en silencio. Lucho se fue... Armando también... pero allí vuelven cada tanto y charlan de los buenos días del Ateneo: del taller literario "Pedroni" que dirigía el poeta Royano y al cual asistía Raúl González Tuñón, ¡qué se venía en el Roca! ¡Tomá!

Se acuerdan de las exposiciones de plástica y de los artistas Abraham Vigo y Castagnino... del día que Castagnino la eligió a Cristina Carrillo, ¡tan hermosa estaba!- para hacerle un retrato en ese mismo momento... También cuando vino Alvaro Yunke, viejiiiito, y recitaba poemas... de esa vez que Tejada trajo un "pibe" que estaba en el exilio en México... y resultó ser Ignacio Copani; o cuando le organizaban minirecitals en Drops a Víctor Heredia! Se recuerdan las discusiones sobre teatro con Inda Ledesma, Dragún y Halac... tantas, tantísimas cosas... y entonces Mercedes vuelve a cantar las letras de Armando, mientras se huelen las empanadas recién horneadas por Kita y sale del patio un rumor de esperanza en el Hombre, en el Futuro, en el ¡PUEDO! ¡Claro que puedo!

¡Puedo, si todos podemos!

"He asumido este oficio casi sin darme cuenta: soy el que desentierra las cosas perdurables, y es que la ciudad olvida que necesita un duende que ordene la alegría y suelte las abejas y mire, todo un siglo, la antigüedad del pájaro"  
Armando Tejada Gómez



ilustración de Florencia Lloret